

ELOGIO DEL PROCER PEDRO FERMIN DE VARGAS

GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA
Colegial y Cronista de este Colegio Mayor.

Con motivo de la inauguración en el Museo del 20 de julio de 1810, de un bronce conmemorativo del prócer, erigido por la Junta Nacional de Festejos Patrios.

Dos siglos corridos desde su nacimiento, más de uno y medio de la proclamación de la Independencia Nacional, han sido necesarios para que la memoria de Pedro Fermín de Vargas sea públicamente restituida a su patria, que al conocer y estudiar su vida extraordinaria lo celebrará entre los precursores de su libertad, lo admirará por la excelencia de su clara inteligencia y de su formación intelectual y le dará sitio de honor en los anales de su historia económica porque fue capaz de proyectar, con arte de visionario, el estudio perfecto de la producción nacional y la distribución de su riqueza latente. Pero, para ello le fue preciso ejercitar con suma diligencia su claro discurrir y avizorar por los duros caminos del antiguo virreinato de la Nueva Granada, después de haberse desvelado en el estudio, bajo la conducta de dos inolvidables sabios.

Su nacimiento en 1762, incide con los inicios de la Ilustración entre nosotros; cuando el joven médico de cámara del marqués de la Vega de Armijo, pronuncia, en la capilla de la Bordadita, la oración académica inaugural de la primera cátedra de matemáticas, establecida como tal en América española. Aún resuenan con aplauso y merecen reiterarse como lección perenne, las cláusulas de aquel discurso memorable, que conmueve a la República rosarista, y le traza redentor destino nacional. El

vástago de Pedro de Vargas y de Laura Sarmiento y Gómez Romano, llamado por un destino providencial, realiza en el campo de la política la revolución científica preconizada por el ilustre gaditano, de quien, corriendo los años, será también colaborador insigne y decidido.

Eloy Valenzuela le enumera el primero entre sus jóvenes discípulos del curso de filosofía iniciado en 1776. Con él da lustre a su cátedra en actos públicos cuando Vargas, de 15 años apenas, sustenta trascendentales conclusiones sobre novísimas tesis de física y geografía. El catedrático afortunado de la reforma de Moreno y Escandón despliega ante los ojos atónitos del discípulo el maravilloso panorama nacional, nunca antes observado. Es como si de nuevo la bíblica Tierra de Promisión se brindase a los hijos de Dios. Allí estaba y no la habían visto; tendida desde siglos, con turgencias tentadoras, valles, ríos, colinas, selvas. Como en el primer día, con el orgasmo de la creación, esperaba quien supiera conquistar sus tesoros y hacerla fecunda. Yacía encadenada a su destino incierto y estaba grávida de porvenir. Rotas por la avaricia sus venas áureas, una vida pastoril rudimentaria, una agricultura de rutina sometida a determinados cultivos y estancos, adecuados solamente para arrebatarla sus fértiles jugos y legar a los venideros la aterradora herencia de la erosión. Pero es tan dilatada la tierra americana, tan valiosas sus reservas intocadas, que un cambio de rumbo marcará su redención.

La hora está al llegar. Nuncio suyo el Maestro por excelencia, el descubridor de la naturaleza americana, el inmortal sabio Mutis, cuyo magisterio rinde opimos frutos. No se ama con amor de posesión lo que en lo humano nos es desconocido. Los hijos del Nuevo Reino ignoran hasta la herencia territorial, legado de sus mayores; mas, lo que hasta ahora les ha faltado por su propia disculpable ignorancia, surge con la ambición de hacer suyo ese suelo fecundo, todo porvenir, ornado por fastuosa y exótica flora, por riquezas minerales ocultas que ni siquiera pueden adivinar. Esa sociedad finisecular siéntese de repente empujada por el hálito renovador que trae la revolución.

En el laboratorio social culminan las experiencias; la filosofía natural cumple con su lección magistral al dar al hombre la noción perfecta de la libertad, que Dios había infundido en los hijos de su creación. Despejada la mente, pronta la volun-

tad, las obras sabias hacen lo demás; lo universal se aposenta entre nosotros, en la mente de unos pocos escogidos, de la hasta entonces sometida colonia, que no sabe ya pensar en otra cosa sino en buscar todos los medios para hacer partícipe a la patria americana naciente, de idéntico tesoro al que ellos descubren en su investigación de la verdad.

La Madre Patria prepara, sin saberlo, los caminos con los aciertos administrativos de los mandatarios peninsulares de la época virreinal. Sus obras enseñan los conceptos de estadistas, de creadores, de progresistas, aireados con las ideas de su tiempo. El desacierto en la solución de los problemas económicos hace lo demás. No es vana la reforma educacionista de Moreno y Escandón, ni se ha perdido una sola de las ideas magistrales del catedrático rosarista de matemáticas que inicia su magisterio en 1762.

Pedro Fermín de Vargas sabe leer como ninguno el mensaje de la filosofía newtoniana y detenerse sorprendido ante el resultado del estudio minucioso de su pueblo. Graduado en derecho, aficionado a las ciencias médicas y más aún a la botánica; arrebatado por la geografía económica, su destino de ventura y aventura le lleva al lado de dos de los mejores españoles de su tiempo: Antonio Caballero y Góngora, que aún enseña a los hombres de Estado colombianos, y José Celestino Mutis, cuya memoria reitero como la del más grande civilizador de que pueda ufanarse la historia nacional.

Al servicio del Arzobispo-Virrey, desde 1784, como oficial de su secretaría, agiliza su mente, hace fluido y noble su estilo literario, comprende como nunca el tesoro de su tierra americana donde tanto está por hacer; ve con luminosa claridad los dones que Dios puso en ella y entiende que una obra de amor apasionado, hasta el sacrificio, será la única capaz de impulsarla por los caminos que su ilustre jefe la señala, para mayor gloria de lejana Majestad.

Traspasar a su pueblo los honores de la soberanía que le pertenecen, según la lección sabia de Santo Tomás es un sueño, puesto en decidida ejecución a la lectura secreta de los libros, que el comercio clandestino de la Ilustración le dejan a su paso por el puerto maravilloso de Cartagena de Indias, a donde le lleva el servicio oficial y la compañía del señor Virrey. Arsenal de ideas pronto a estallar y cuya custodia traspasa Vargas

en 1791 a don Antonio Nariño, su amigo y confidente; el llamado a sacrificarse al hacerlo explotar, cuando decidido oprime el tórculo de su Imprenta Patriótica para verter al castellano los 17 artículos de la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", aguinaldo ofrecido a la patria naciente en el diciembre inolvidable de 1793.

De la secretaría del virreinato, academia maravillosa para quien como Vargas es despierto soñador, asciende a merecida dignidad. Mutis quisiera para sí al hombre valeroso y decidido, que en acto ejemplar en la historia de los descubrimientos de la Expedición Botánica, se hace picar de una víbora, la temible Taya "X", para demostrar con otro valerosísimo experimentador, el insigne pintor Francisco Javier Matiz, las virtudes maravillosas del guaco, sobre cuya planta compone vargas un estudio notable, divulgado en Europa, con la justa alabanza de los hombres sabios para tan atrevidos benefactores humanos. El Virrey Ezpeleta quisiera retenerlo en su despacho, mas premia su consagración ejemplar con el encargo de un corregimiento de tanta calidad como el de Zipaquirá, donde la amable y lenta vida administrativa le permitan, además de un asiduo comercio literario, la esperada oportunidad de trasladar en Memorias notabilísimas, hallazgo y admiración de los historiadores y economistas de nuestros días, cuanto había dialogado con su jefe memorable, entendido de la tarea doctísima de la Expedición Botánica y conocido por observación directa de la naturaleza colombiana, cuyo territorio recorre al lomo de su cabalgadura o al impulso del deslizante champán.

Ningún ambiente tan propicio para conversar consigo mismo, dejar correr la pluma sosegadamente y con sabiduría, como aquella hermosa villa sabanera. El señor Corregidor atisba y plantea los problemas locales que claman por rápida solución, acicateado por el pensamiento que en lo venidero dirige su acción: "Estamos ya en el justo medio que se necesita para el adelantamiento y progreso de estos países". En este desear, proponer y poco alcanzar de las autoridades superiores pasan dos años, durante los cuales los ideales de la revolución lo hacen suyo para siempre. Así lo reconoce el oidor Mosquera y Figueroa cuando escandalizado escribe: "En el tiempo de su corregimiento de Zipaquirá se acabó de pervertir, si no lo estaba antes, con la lección de perversos libros. No sólo se corrompió sino que acabó también con la religión". No en vano en su biblioteca

hiervan las ideas de la revolución. Poseedor afortunado del francés, lengua diabólica para las autoridades españolas, enfilan en su librería el Ensayo sobre el despotismo, las historias de Raynal y de Robertson, El Espíritu de las Leyes, la Constitución Federal de los Estados Unidos y diversos audaces ensayos sobre religión, filosofía y política. En todos ellos encuentra lo que pide su ánimo inconforme y le inicia en su tarea de predicador discreto y eficazísimo, hasta convertir a sus doctrinas al fraile franciscano que ejerce piadoso el pastoreo de las almas en el valle de Ubaté.

Fray Antonio Miranda, promotor de las escuelas parroquiales desde 1777, es el íntimo corresponsal y el menos peligroso, por lo apartado de su residencia y por la condición de su estado religioso. Es dueño de sus secretos y el primero en conocer los frutos de la sabiduría del Corregidor: "Remito a V. R. una copia del informe sobre la españolización de los indios. No vale nada y me avergüenzo de que V. R. tenga tanta envidia de leerlo. Lo que he trabajado con algún cuidado ha sido una Memoria sobre la Población del Reyno, que ya verá V. Rma, a quien no remito ahora porque la tengo en Santa Fe", le escribe el 13 de diciembre de 1791, cuando se encuentra afanoso preparando su mayor aventura; la que le hará penetrar por el pórtico mayor en el templo de la historia.

Con cuidado exquisito previene su coartada. Hace dos meses guarda cuidadoso un pasaporte para Fermín Sarmiento, del comercio del Valle de Cúcuta, un supuesto hermano suyo, sus criados y equipaje, para trasladarse a uno de los dos puertos de Guayana o La Guaira. Ha escrito al Virrey convincente memorial diciéndole cómo desespera por los progresos de sus achaques habituales: "Los Facultativos son de opinión, le dice, que la variación de aires y el desahogo de los negocios produciría en mí un efecto maravilloso... De este modo tomará mi constitución nuevo resorte y podré tal vez desempeñar con más actividad las obligaciones de mi empleo y dedicarme mejor a mis trabajos literarios..." Acelera la recaudación de las rentas reales con las que robustece su menguado bolsillo; previene al fingido hermano, que en esta ocasión no es otro que la atraente Bárbara Forero, fruta de cercado ajeno en traje de varón, y con Ignacio Calviño, antiguo capitán de los Comuneros y sus criados, reúnen en Mercadillo, caída una tarde de diciembre de 1791, de donde parten rumbo a lo desconocido.

Apenas sí demoran en Santa Fe de Bogotá, para proseguir la ruta de los Llanos Orientales y después volar en pos de la conquista de la libertad. Es vana toda pesquisa policíaca. La esposa abandonada cargada de hijos, la respetable dama doña Catalina Venegas, promueve la querrela, pero, en alas del ideal, los fugitivos salvan el territorio venezolano para buscar asilo en Trinidad, en Jamaica, en esas islas de aventura del archipiélago antillano, con sólo rumbos de libertad. Por ellas pasará y demorará predicando la cruzada el seudomédico Fermín Sarmiento y el viajero internacional Pedro de Oribe, que pronto pasa al viejo mundo donde recupera su nombre de familia. El señor de Vargas o Mister Doribe dialoga en París con el primer Cónsul; visita puertos y ciudades; introduce memoriales ante el gabinete inglés, promueve planes concretos para la liberación del Nuevo Reino de Granada, y para mayor gloria suya, el Precursor Francisco de Miranda lo considera entre sus mejores colaboradores y lo envía, como nuncio de la buena nueva, otra vez, a las Antillas. En Puerto España y Trinidad se difunde la empresa heroica por tantos años esperada. Vargas llama al caudillo ansiosamente para que la realice: "Yo no tengo otra súplica que hacerle sino que no olvide que nació en América y que ella lo llama con los brazos abiertos". "Venga cuanto antes a darnos el gran día de América", es su angustiado clamor.

Cumplida su misión antillana regresa a Londres, cuya niebla envuelve su figura novelesca de vagabundo de la Libertad, hasta hacerla desaparecer, sin que hasta ahora nos conste nada cierto de sus postrimerías.

Bien fundada, definidas y declaradas tiene sus ideas políticas el revolucionario granadino, cuya peligrosidad entiende sin reservas el gobierno español, que en vano quiere silenciarlo para siempre. El tribunal de la Real Audiencia santafereña lo describe así: "Este sujeto es tan malo cuando no peor que Nariño, es de superiores luces, tiene más altas ideas, ha tenido por mucho tiempo comunicación con los extranjeros, está imbuído en sus máximas..." Espías españoles le siguen en todas partes; rasmean su paso inconfundible por las islas antillanas, donde en voz alta habla la libertad.

Un día de 1797, en Trinidad cae en manos de Manuel González un pequeño cuaderno manuscrito, que rápidamente enviado a Santa Fé, justifica plenamente el desasosiego de las autorida-

des reales, que vanamente le persiguen. Este documento de mi propiedad, escrito de letra de Pedro Fermín de Vargas y que celosamente custodiaba en su archivo el oidor decano de la Real Audiencia, don Juan Hernández de Alba, contiene en nueve magistrales comentarios la totalidad del pensamiento revolucionario del olvidado Precursor, que deja en él la declaración valiente decidida y serena de su convicción republicana y democrática. No es éste el lugar de revelarlo, incorporado como ya lo está en la obra meritísima que sobre los ideales políticos de los fundadores de nuestra nacionalidad, imprime en estos días el ilustrado sacerdote y académico doctor Rafael Gómez Hoyos.

La existencia de aquel solo documento, si el cuidado casi fraternal de José de Acevedo y Gómez, el Tribuno inmortal de la noche de Julio, no hubiese conservado las demás obras luminosas de su sapiente primo, justificaría este acto, promovido por la Junta de Festejos Patrios, que nos ha convocado en esta maravillosa Casa de la Patria, para dejar en sus muros, renovados con tanta maestría, la impronta de bronce que resume la vida extraordinaria de un olvidado promotor de la independencia nacional, conocido y admirado sólo de unos pocos estudiosos y rescatado ahora para orgullo nacional.

Esta ceremonia en que la gratitud de la República erige sobrio monumento recordatorio, fue promovida por la devoción que el desconocido e ilustre prócer santandereano, primero entre los economistas de la América española, despertó en el generoso y justiciero corazón de un noble ciudadano, recientemente arrebatado a la Patria, en la plenitud de su carrera, y cuya desaparición lamenta la Academia Colombiana de Historia que le conoció y por esto le admiró sin reservas. Evoco el nombre amable de Abel Botero, cuya final empresa en servicio de la Historia Patria consistió en la promoción nacional del segundo centenario del nacimiento del preclaro prócer que, como queda escrito en bronce, "escrutó la naturaleza neogranadina; discurrió con sabiduría sobre el porvenir económico y social de su patria; fue precursor apasionado de la libertad política y trabajó por ella en Europa y América, exponiendo su vida, para hacer prevalecer la justicia, imponer la fraternidad humana y por su medio alcanzar la grandeza nacional".